

nándose, el raudal, una vez alumbrado, no pudo ya dejar de correr:

*Yo no soy cantor letrao,
Mas si me pongo a cantar,
No tengo cuando acabar
Y me envejezco cantando:
Las coplas me van brotando
Como agua de manantial.*

Así fué también una improvisación el *Facundo*, congénere, aunque antagonista.

Dice Hernández en una carta-prólogo a la primera parte del poema (su destinatario es el señor don Zoilo Miguens) que *Martín Fierro* le ha “ayudado algunos momentos a alejar el fastidio de la vida del hotel”; porque, en efecto, allá entre sus bártulos de conspirador, lo improvisó en ocho días¹.

Don Antonio Lussich, que acababa de escribir un libro felicitado por Hernández, *Los Tres Gauchos Orientales y el Matrero Luciano Santos* poniendo en escena tipos gauchos de la revolución uruguaya llamada *campana de Aparicio*, dióle, a lo que parece, el oportuno estímulo. De haberle enviado esa obra, resultó que Hernández tuviera la feliz ocurrencia.

La obra del señor Lussich, apareció editada en Buenos Aires por la imprenta de la *Tribuna* el 14 de junio de 1872. La carta con que Hernández felicitó a Lussich, agradeciéndole el envío del libro, es del 20 del mismo mes y año. *Martín Fierro* apareció en diciembre.

Gallardos y generalmente apropiados al lenguaje y peculiaridades del campesino, los versos del señor Lussich formaban cuartetos, redondillas, décimas y también aquellas sextinas de payador que Hernández debía adoptar como las más típicas. El señor Lussich, testigo presencial de la producción, refiere, lo cual

¹ Precisemos el detalle topográfico. Hernández paraba en el *Hotel Argentino*, esquina formada por las calles 25 de Mayo y Rivadavia. Dicho edificio consérvase tal como era; y resulta curioso que el fundador de nuestra épica, iniciara su obra en el mismo casco histórico donde los conquistadores echaron los cimientos de Buenos Aires.

es por otra parte visible con la simple lectura, que aquélla salió de un tirón, sin enmiendas y sin esfuerzo. De ahí provienen los defectos, entre otros el habitual de la redundancia, que ha producido varias docenas de versos inútiles. Hernández resulta a su vez un payador, y hasta el primero de los payadores:

*Aquí me pongo a cantar
Al compás de la vigüela,
Que al hombre que lo desvela
Una pena estrordinaria,
Como l'ave solitaria
Con el cantar se consuela.*

Este es el objeto de la composición. El gaucho va a contar-nos sus penas extraordinarias (sin esta advertencia, su pretensión fuera baladí) y la estrofa en su sencilla fluidez, de un tirón, nos abre desde luego su alma.

La invocación a los númenes propicios, que es una costumbre épica, está en las dos siguientes:

*Vengan santos milagrosos,
Vengan todos en mi ayuda,
Que la lengua se me añuda
Y se me turba la vista.
Pido a mi Dios que me asista
En una ocasión tan ruda.*

Después, la condición de payador se precisa como en los pró-logos de los trovadores. A semejanza del ave mencionada, el don del canto es la fuente de su lenguaje:

*Cantando me he de morir,
Cantando me han de enterrar.*

Es lo mismo que la copla popular dice de Santos Vega:

*Santos Vega el payador,
Aquel de la larga fama,
Murió cantando su amor
Como el pájaro en la rama.*